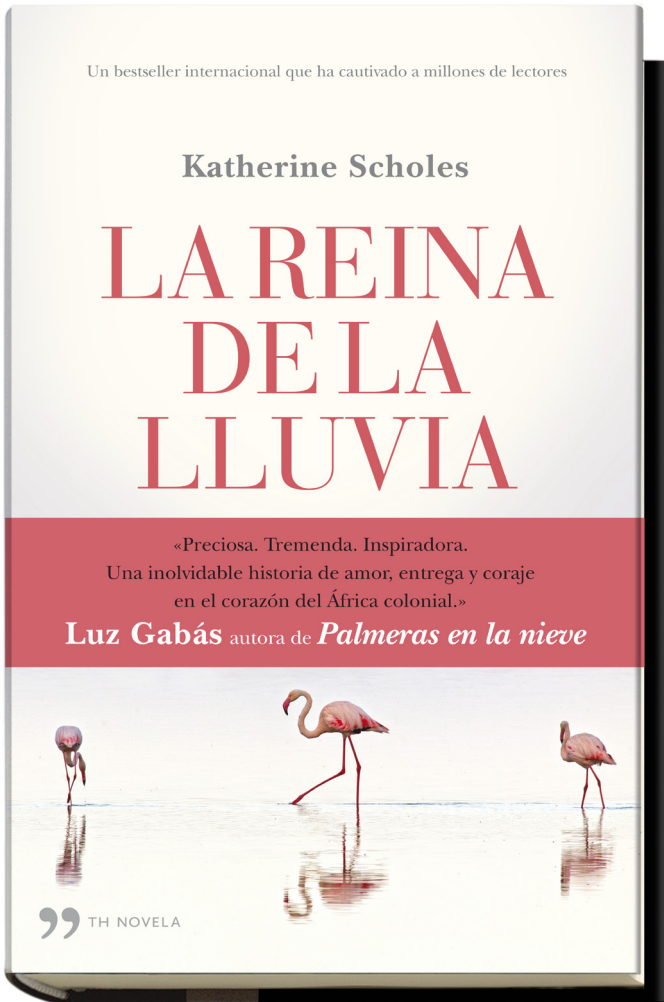


FRAGMENTO

LA REINA  
DE LA  
LLUVIA

Katherine Scholes



temas de hoy. TH NOVELA

[www.temasdehoy.es](http://www.temasdehoy.es)

## X

**S**e demostró que los temores de los misioneros eran infundados. La independencia llegó a Tanganica sin apenas incidentes. Los comisionados de distrito se cambiaron el nombre por el de comisionados regionales. Unos cuantos funcionarios blancos dejaron sus puestos y fueron sustituidos por africanos. Se contaba que habían expropiado una cierta cantidad de Mercedes de color negro a sus propietarios hindúes. Aparte de aquello, la vida seguía adelante sin cambios.

El trabajo en Langali marchaba como la seda. El hospital funcionaba con eficacia, y los programas de formación estaban dando buenos resultados. Michael decidió que era el momento de profundizar en su plan de establecer un puesto avanzado hacia el oeste. Acordaron que él y Annah irían en coche hasta una pequeña aldea en la selva que había sido elegida como escenario, y que pasarían consulta allí durante un día entero. El predicador africano llevaba un año yendo a aquel lugar de visita, preparando el camino para la venida de los misioneros.

—Muchos ya son cristianos —había comentado el pastor—. El propio jefe de la tribu anda muy cerca de convertirse.

Aún estaban frescas sobre el suelo las huellas de las sombras con los rayos del sol del amanecer cuando el Land Rover tomó la antigua senda de los esclavos y dejó atrás el alto tejado de la capilla de Langali y los perfectos surcos de los huertos de la aldea. La senda no tardó mucho en empezar a convertirse en una presencia difusa en medio de la selva, ante la cual Michael tenía que bajarse con frecuencia para talar un árbol joven o retirar algunos troncos antes de que el vehículo pudiese proseguir. En un punto concreto, una gigantesca rama de un mango había caído y bloqueaba el camino.

Annah miraba hacia arriba, al elegante árbol, mientras Michael metía el Land Rover por los matorrales para rodearlo. Ella sabía que los mangos de aquella zona habían crecido de las semillas que habían tirado los comerciantes de esclavos. Qué extraño resultaba que algo tan bello surgiese de una historia tan trágica. Y sin embargo, era apropiado en cierto modo: la luz de la esperanza derrotaba a la oscuridad.

Alrededor de media mañana llegaron a un claro en la selva. El Land Rover discurría entonces con mayor facilidad por una llanura de hierbas bajas. De repente surgieron dos figuras como de la nada: un anciano y un muchacho joven. Iban corriendo por delante del Land Rover, y se movían al ritmo y la constancia de quien ha de recorrer un largo trecho. El joven muchacho trotaba delante y ondeaba sobre la cabeza una especie de sonajero. El anciano iba detrás, y daba unos gritos agudos y dolorosos al tiempo que sacudía las manos y los dedos de manera ostensible. Ambos vestían de forma muy extraña, envueltos en porciones de pieles de animales que no casaban las unas con las otras, y de las cuales colgaban unas tiras de cuero con diversos objetos atados a ellas: palos, huesos, plumas. Todo iba tintineando y dando golpes con el movimiento de los dos.

Annah se sonrió ante una visión tan cómica.

—Serán actores ambulantes, o algo por el estilo —dijo.

Michael hizo un adusto gesto negativo con la cabeza.

—El anciano es un hechicero. El muchacho será su esclavo o su aprendiz.

Annah se incorporó en su asiento para poder ver con más claridad a los africanos. Ella no se había encontrado nunca con un hechicero a pesar del año bien largo que ya llevaba en Langali. Los signos de sus obras eran bastante raros, incluso. Con muy pocas excepciones, la gente de la zona de Langali había aprendido a ir directamente al hospital del hombre blanco. Sus medicinas funcionaban, y si eras pobre, solo tenías que pagar cuanto te pudieses permitir.

El Land Rover se acercaba a la pareja vestida de andrajos. El sonido del vehículo al aproximarse no causaba ningún efecto sobre ellos, que parecían ajenos a cualquier intromisión. Sin embargo, justo cuando el coche estaba a punto de adelantarlos, el hechicero levantó la mirada. Directo a los ojos de Annah. Una mirada profunda, penetrante e intemporal. Annah la sostuvo, y alzó la mano en una señal de saludo casi involuntaria. Sentía los ojos de Michael sobre ella, negando con la cabeza, pero se sintió impelida a hacer algún tipo de seña. La fuerza de la mirada del anciano era tal que exigía una respuesta. El hechicero dejó de mover las manos y devolvió el saludo a la mujer blanca. Y entonces sonrió y mostró dos hileras de dientes cariados. El muchacho sonrió, también, en imitación del hombre, como si él careciera de voluntad propia. Annah se giró en su asiento para mantener a los dos africanos a la vista mientras el Land Rover los dejaba atrás.

—Ese muchacho —dijo Michael al girar tras pasar junto al montículo rojizo de un hormiguero— debería estar yendo a la escuela.

Annah apenas se percató de que estaba hablando. Pensaba en

cómo había clavado el anciano sus ojos en ella, como si pudiese ver el interior de su mente, el interior de su alma. Continuó imaginándose su rostro ajado, su garganta escurrida, la verdosa sonrisa de sus dientes...

Aquello rescató las imágenes de algunos pacientes a los que había visto llegar con las secuelas de la mano del hechicero. Fueron desfilando por sus pensamientos: heridas infectadas por cataplasmas de estiércol, ojos cegados con savia de los árboles mezclada con veneno de serpiente, quemaduras y cortes. Todo un catálogo de sufrimiento innecesario. Un caso particular permaneció en su mente: un bebé con quemaduras en la espalda. Annah intentó apartar su recuerdo. El pequeño, rígido del dolor, los minúsculos deditos agarrotados en el aire. Los gritos enronquecidos que solo pararon cuando Michael consiguió inyectarle un poco de morfina. A continuación, el lento desprender de un trapo mugriento para descubrir la pequeña espalda llena de quemaduras terribles. Annah recordaba aún todas y cada una de las descarnadas palabras con que la madre describió el tratamiento del hechicero, cómo se había dedicado a presionar sobre la tierna piel de la espalda del niño unos trozos de madera que había hervido al fuego, dentro de una cazuela con agua. Y aquello, como tratamiento para la fiebre, por el amor de Dios... Michael había valorado con calma la posibilidad de realizar injertos de piel en un niño tan pequeño mientras Annah se deshacía en unas lágrimas que caían sobre los vendajes blancos y limpios.

La visión del bebé lisiado revolvió a Annah el estómago. Le resultó difícil creer que en un principio hubiera encontrado divertido ver al hechicero y su muchacho. Ahora le parecía siniestro y cargado de malas intenciones. Y aun así, bajo la sensación repulsiva, notaba una oscura fascinación. Una atracción extraña e inadmisibile.

—¿Alguna vez hacen algún bien los hechiceros? —preguntó a Michael. El tono de su voz era inseguro. Tanto él como Sarah habían mostrado siempre su rechazo a hablar sobre las obras de los «médicos» nativos.

—Muy poco —respondió—. Se valen principalmente de la superstición, utilizan el miedo y la ignorancia de la gente para sus propios fines. Suelen exigir unos pagos inflexibles a cambio de sus servicios. Si no pagas, no hay ayuda. No parece que tenga mucho de «medicina nativa» como tal..., son conjuros, fundamentalmente. Magia.

Magia. Aquella palabra se desprendió de un modo extraño de los labios de Michael y quedó flotando en el aire.

—¿Magia de verdad? —preguntó Annah—. Es decir... ¿Es que tienen... poderes?

Michael se quedó mirándola de medio lado y con el ceño bien fruncido.

—Si los tienen —dijo él—, proceden de un origen oscuro. Mejor dejarlo en paz. Me parece mal hasta pensar en ello siquiera.

Annah hizo un gesto de asentimiento. Sabía que él estaba en lo cierto.

*A cuanto hay de puro,  
a cuanto hay de amable,  
a cuanto hay de laudable...  
A esto permaneced atentos.*

El Land Rover daba bandazos y botes en su camino sobre las matas de hierba. El fresco del amanecer era ya un lejano recuerdo. El aire se hacía pesado por el calor. Annah se limpió el sudor de la cara y del cuello con uno de los pañuelos de seda estampada de cachemir de Eleanor; una débil oleada de olor a colonia se elevó hasta sus orificios nasales.

Tras conducir en silencio por un tiempo, Michael habló.

—Tenemos que estar preparados, Annah —advirtió—. Fuera de aquí, las cosas serán diferentes.

Fuera de aquí. En la frontera del salvaje y pagano oeste...

Annah asintió. Aquellas palabras la llenaron de aprensión, aunque había también algo más. La sensación de algo emocionante, fuerte y salvaje.

El sonido del Land Rover viajaba tan adelantado que, al aparecer la aldea a la vista, la llegada de los visitantes ya había generado revuelo. La gente se había quedado paralizada —congelada en pleno movimiento— y mirando. Los niños observaban desde detrás de los árboles. Incluso los perros parecían cautelosos, en guardia fuera de las chozas.

Michael frunció el ceño, desconcertado. El predicador había hecho correr la noticia de la llegada del médico blanco. Annah y él esperaban que los recibiese una multitud de pacientes entusiasmados. En cambio, era como si su llegada hubiese interrumpido una escena de actividad febril. Aunque era aún temprano en el día, las cazuelas de comida ya hervían sobre generosos fuegos. Había montones de frutas de colores desplegados sobre tapetes. Y no muy lejos del lugar donde se había detenido el Land Rover, una anciana se sentaba junto a una pila de pollos sin cabeza. Tenía las manos rojas de la sangre reciente.

—Parecen un pueblo muy trabajador —comentó Annah al inclinarse para abrir la puerta.

—Espera un minuto —la previno Michael—. No salgas todavía.

Annah se giró hacia él sorprendida. Estaba tan acostumbrada a verle cómodo y con la situación bajo control que le costó unos instantes darse cuenta de que algo sucedía, de que no estaba seguro de qué tipo de bienvenida iban a tener los misioneros.

Un joven se acercó al vehículo por el lado de Michael. Miró fijamente al hombre blanco, los rasgos de su cara rígidos. Tan solo pasados unos segundos, una sonrisa apareció en su rostro.

—Os doy la bienvenida —dijo—. Me llamo Noah. El maestro cristiano dijo que llegaríais, y mira por dónde, aquí estáis. Por desgracia, tenemos un día muy ocupado. —Se encogió de hombros como si no pudiese hacer nada—. Mañana habrá una boda. —Extendió un brazo para abarcar a toda la gente que observaba la escena inmóvil, en mitad de sus tareas—. Sin embargo —su sonrisa se extendió de oreja a oreja en una mueca—, a la enfermedad no le importan nuestros planes. Está siempre presente. Esto lo sabemos...

—¿Dónde nos ponemos? —le preguntó Michael.

Noah señaló en dirección al claro central, donde se alzaba un árbol viejo y enorme. Sus retorcidas ramas se inclinaban hacia el suelo, como si, con el paso de los años, su peso se hubiera convertido en una carga excesiva para que la soportase el tronco. Unas enredaderas surgían de las grietas de su corteza arrugada.

—El punto de encuentro.

—Máندانos a alguien para que nos ayude —dijo Michael. Por su tono de voz, Annah pudo notar que estaba molesto. Había llegado hasta allí para ofrecer su ayuda y no esperaba tener competencia por la atención de la gente.

—Enviaré a varios —accedió Noah—, y yo mismo también os ayudaré.

El joven dio una serie de voces por la aldea en una lengua tribal, y de inmediato la gente dejó de observar a los misioneros y regresó a su trabajo. Las mujeres, envueltas en sus coloridos kitenges, machacaban el grano y atizaban las hogueras para cocinar. Niños desnudos surgían de detrás de los árboles y trasladaban fardos de leña. Annah descendió del Land Rover, se separó



la falda de la sudorosa y pegajosa parte de atrás de los muslos y permaneció cerca para contemplar la escena. A pesar de todo el ajetreo, había una cierta atemporalidad en ella. Al principio no fue capaz de distinguir por qué, pero acabó por darse cuenta: allí no había nada que no fuese africano. Ni vestidos, ni pantalones cortos, ni zapatos de plástico, ni peines de colores vivos. Ni bicicletas. Todo tenía el aspecto que podría haber tenido durante generaciones.

Pasados unos minutos, aparecieron otros tres jóvenes que ayudaron a Michael y a Annah a trasladar su equipo desde el Land Rover. En una mano, Annah llevaba su maletín médico, y en la otra, la caja de madera que contenía el microscopio, el que se había comprado con todos sus ahorros cuando se graduó en la Escuela de Formación Misionera. Se encaminó hacia el árbol ancestral con la sensación del roce de un aire ligeramente más fresco en la piel al adentrarse bajo la sombra que proyectaba el generoso baldaquino. Alzó los ojos y vio fragmentos de telas de colores atados a algunas ramas, harapos enredados, descoloridos y viejos. Apartó rápidamente la mirada. Era mejor no preguntarse siquiera lo que significarían. Su vista fue a detenerse en una silueta grande de colores adherida a una parte del tronco. Dio la vuelta para ver de qué se trataba. Una señal metálica, allí clavada, en el lugar de honor, mirando hacia las chozas. La pintura había perdido el color y se caía, pero el letrero era aún legible. Beba Coca-Cola.

A pesar de los preparativos de la boda, los enfermos y los curiosos se congregaron con rapidez. Michael y Annah no tardaron demasiado en estar empleándose a fondo con su trabajo entre diagnósticos, tratamientos y consejos. Al fin y al cabo, el predicador había cumplido. Los nativos no parecían tener ninguna duda al respecto de los beneficios de las medicinas del hombre blanco. Abrían la boca para que las linternas pudiesen

iluminar su interior, extendían el brazo para las inyecciones y apenas se inmutaban cuando les pasaban el estetoscopio por el pecho. Annah se percató de que prácticamente todos los niños parecían padecer malnutrición crónica, algo sorprendente a la vista de la abundancia de provisiones desplegada por la aldea aquella mañana. No cabía la menor duda de que Sarah hacía falta por allí, pensó Annah. La próxima vez deberían venir todos juntos.

Michael y Annah se tomaron un breve descanso en la hora del almuerzo. Se sentaron en sus sillas de tijera a beber grandes tragos del agua tibia de sus cantimploras y a comerse los sándwiches mustios que les había preparado Ordena. Noah permanecía cerca de ellos, en cuclillas, mascando unas judías asadas. Señaló en dirección a una pareja de adolescentes —chico y chica— que se encontraban de pie no muy lejos, fuera de una de las chozas.

—Esos dos se van a casar —dijo.

Ambos eran de una belleza sorprendente. Esbeltos, de huesos finos, con la piel como el cacao cremoso. La joven llevaba el cuerpo envuelto en un único paño muy ceñido. De su cuello, elegante, colgaban unos collares de cuentas. El muchacho vestía un minúsculo taparrabos anudado en la cintura. El pecho desnudo mostraba las marcas de las cicatrices de iniciación, que habían sanado de manera muy reciente. Había algo infantil e inocente en aquella pareja, algo que al mismo tiempo resultaba también fuerte y digno.

—Será una boda cristiana —dijo Noah.

—¿Va a venir el predicador? —preguntó Michael, que se extrañó de inmediato.

Noah dijo que no con la cabeza.

—Se espera la llegada de un pastor de paso.

—¿Africano? —preguntó Michael.

—Sí —reconoció Noah—. Pero viene de muy lejos.

Annah se volvió hacia Michael con las cejas arqueadas.

Michael asintió, sin sorpresa alguna.

—Los financia la Misión Católica. Se mueven en bicicleta. Pueden aparecer en cualquier parte.

—También será una boda europea —añadió Noah orgulloso.

El africano gritó otra orden y, en cuestión de segundos, se acercó un grupo de mujeres que sostenía algo blanco en sus brazos. Era un traje de novia completo, con su cola y todo, volantes, encajes y lazos de satén. Un atuendo estrafalario para una boda en la selva. Annah advirtió que todos los ojos estaban puestos en ella, aguardando su veredicto. En ese mismo instante, se acordó de la mujer del obispo, con su sombrero redecorado.

—Es... muy bonito —dijo.

—Europeo —dijo Noah sentencioso.

—Sí —coincidió Annah—. Absolutamente europeo.

Satisfecho, Noah despidió a las mujeres con un gesto de la mano. Annah vio cómo se marchaban e intentó en vano imaginarse a la novia adolescente vestida con aquel traje blanco, sudando en el calor húmedo de la selva. Se preguntó qué se iba a poner el novio. ¿Habría algún traje de tres piezas colgado en alguna parte, de uno de los árboles de la selva?

—De haber venido mañana, podríais haber visto la ceremonia —dijo Noah en un tono de lamento.

—De haber venido mañana —respondió Michael con sequedad—, habríamos montado la clínica en medio de la boda.

Noah valoró aquello durante unos segundos, y entonces rompió a reír en una sonora carcajada. Aún estaba encorvado de la risa cuando se marchó.

La tarde estaba ya bien avanzada cuando Michael y Annah terminaron con el último paciente y empaquetaron sus cosas.

Ambos sabían que debían apresurarse si querían estar de vuelta en la Misión antes de que oscureciera. Fueron breves en sus despedidas y declinaron una invitación para conocer a los familiares de los novios.

Michael condujo a buena velocidad por el sendero, inclinado sobre el volante. Annah podía notar los músculos de sus hombros contraídos por la concentración. Ella estaba exhausta a causa del calor y del día de duro trabajo, en especial por la batalla constante que suponía el comunicarse a través de un traductor y con el suajili más simple. Aun así, ella también se sentaba erguida. Le parecía injusto disponer de la posibilidad de relajarse en su asiento. De repente, la parte trasera del Land Rover derrapó y se salió de la pista para acabar en una zanja de barro. Michael se aferró con fuerza al volante y revolucionó el motor, pero el neumático trasero izquierdo giraba sin resultado.

Michael se quedó inmóvil, con las mandíbulas apretadas con fuerza. Respiró profundamente antes de inclinarse para poner el Land Rover en una marcha corta. Intentó avanzar entonces, con sumo cuidado. El barro salpicó contra el costado del coche cuando la rueda volvió a girar.

—No funciona —dijo Annah.

Él la miró en silencio. Abrió la puerta, se bajó y desapareció de la vista. Reapareció unos instantes después, con las manos embadurnadas de lodo. Se limpió el intenso color rojizo en los pantalones cortos.

—No vamos a salir de aquí sin ayuda —afirmó.

Apoyó la espalda contra el lateral del Land Rover y observó la selva. El sol ya se escondía muy bajo por detrás de los árboles. Los insectos nocturnos se desperezaban.

—Tendré que regresar a pie a la aldea —dijo Michael. Frunció el ceño.

—Hay un buen trecho.

—No tenemos elección. No podemos quedarnos aquí sentados toda la noche.

Ella abrió su puerta.

—Yo no me quedo aquí sola.

—Tendremos que caminar deprisa —le advirtió Michael.

Annah se acercó y se puso a su lado.

—Mis piernas son tan largas como las tuyas —respondió. Intentó reírse para disipar la inquietante tensión que comenzaba a dominar el ambiente.

Se pusieron en marcha y acompasaron unas zancadas que mantuvieron a un ritmo elevado. No tardaron mucho en notar que les faltaba el aire y que el sudor les encharcaba la piel, pero no aminoraron el paso. La luz diurna se extinguía, y llegaba la noche. Sarah ya estaría a punto de esperar su llegada, allá en Langali.

Poco tiempo después, el sonido de los tambores se oía en la distancia. Era extraño lo bien que viajaba, pensó Annah, abriéndose su tortuoso paso a través de todos aquellos árboles. Y encontró aquel sonido reconfortante. Se imaginó a los nativos en su momento de relax, todos juntos, tras un día tan ajetreado por los preparativos.

Por fin vieron el brillo de un fuego entre los árboles más adelante. Annah suspiró de alivio. Uno de los zapatos le iba haciendo rozadura, y estaría más que encantada de parar, aunque solo fuese por unos minutos. Reparó en que los tambores sonaban ahora con fuerza. Alto y rápido. Desperezándose, no acallándose. Y el fuego parecía grande, una hoguera más que un fuego para cocinar.

A Annah le tembló el paso al ver la altura de las llamas.

—¿Qué está pasando?

—No te pares —dijo Michael—. Es probable que sea una celebración previa a la boda.

Mientras caminaba, Annah no dejó de mirar al frente. Pudo ver unas siluetas que bailaban alrededor del fuego. Formas oscuras, saltando y girando al son de los tambores, sacudiendo los brazos y haciendo cabriolas con las piernas.

El brillo del fuego sobre una piel que relucía sudorosa. Piel descubierta...

Annah contuvo la respiración. Los bailarines estaban desnudos.

La mano de Michael la agarró por el brazo y la hizo parar de forma abrupta.

—Espera aquí —le dijo—. No te muevas. Ahora vuelvo.

Annah se agachó tras un macizo de arbustos. Tenía el pulso acelerado a causa del azoramiento y de un temor repentino. Cerró los ojos en un intento de olvidar la imagen de aquellos cuerpos danzantes, enloquecidos. La piel tersa y desnuda. El sonido de los tambores era muy fuerte, se le metía en la cabeza e imponía su constante latido sobre sus pensamientos. Tenía una leve consciencia de que había algo extraño, inusual, en los sonidos que llegaban hasta ella. Aparte de los tambores estaba el crepitar de las llamas, el esporádico llanto de algún niño pequeño. No había risas, el parloteo de las celebraciones. Solo aquellos cuerpos que se movían libres, sin las trabas de unos ropajes que deberían haber estado allí atados, anudados en su sitio.

Al sentir el zumbido de los mosquitos, Annah tiró hacia abajo de su falda para cubrirse las piernas. «¿Dónde estaba el repelente», se preguntó para sí, pero en lugar de imaginarse el tubo sobre el salpicadero del Land Rover, vio la luz naranja del fuego. El movimiento de los cuerpos, como llamas danzantes que representasen con gestos su fulgor.

Annah se puso de rodillas y miró por encima de los matorrales. Cuando sus ojos se adaptaron a la brillante luz del fuego, pudo ver con claridad a los bailarines, sus rostros y sus cuerpos.

Se movían con los ojos entrecerrados, los labios abiertos, perdidos en un éxtasis oscuro. Había mujeres jóvenes —el bamboleo de sus pechos, despreocupado, lanzaba los collares de cuentas al aire—, y hombres —guerreros con la piel pintada, sus piernas alargadas—, el balanceo de sus miembros viriles, colgando. Annah estaba absorta, envuelta en el embrujo de aquella piel fiera e impulsada por los tambores...

Dos bailarines se destacaron del círculo, se acercaron el uno al otro, sus troncos entraron en contacto y se frotaron el uno contra el otro. Piel que lamía piel. Los ojos de Annah se abrieron de par en par cuando, a la luz de la hoguera, se dio cuenta de que sabía quiénes eran.

Era la novia de aspecto inocente, con el novio.

El joven se contorsionó como una serpiente, deslizándose sobre la piel de su compañera. Cayó de rodillas y hundió el rostro en el vientre de ella. La joven le agarró la cabeza y la empujó hacia abajo, más y más...

Los labios de Annah se abrieron. Le temblaban las rodillas y le sobrevino una sensación de calidez. Contra su voluntad, se imaginó a sí misma, que se unía a la danza. Sentir el lacerante calor del fuego que azotaba su piel. Su cuerpo que se abría, del revés, como la suave pulpa de un mango. La carne expuesta. Cruda y sajada. Lista para su consumo. Cerró los ojos, pero solo consiguió que la imagen fuese más nítida. Observó por entre sus párpados el fulgor anaranjado. El mango de fuego de su cuerpo, ofrecido. Y el tañido apremiante de los tambores al compás de su corazón. Su llamada...

Lentamente, fue sintiendo una presencia. Otra calidez. Otra respiración, cercana. Un temor repentino la extrajo de su visión.

Soltó un grito ahogado y se giró.

Michael.

El médico abrió la boca como si fuese a hablar. Pero no hubo

palabras. Annah alzó los ojos hacia él. Sus manos hacia ella. La tomó por los hombros y la puso en pie.

—Mal asunto —se deslizó su voz entre los tambores, aunque sonó distante, lejana... , como si él fuese también un espectro del fuego. Arrancado de este mundo—. No encuentro a Noah. No encuentro a nadie que nos ayude.

Annah hizo un gesto de asentimiento. Le miraba a los ojos en aquel vaivén del brillo del fuego. Fulgor, humedad. Como la piel de aquel hombre, bañada en sudor. Piel extraña. Oro bruñido por la luz del fuego frente a él, con el roce de la azulada luz de la luna a su espalda. Sentía su olor. El verde olor descarnado del sudor, reciente, de sus poros.

Sus ojos se clavaron en los de ella. Y se desviaron, descendieron sobre su cuerpo. Descansaron sobre sus pechos, sobre la tersa carne que rebosaba a causa de la tensión del sujetador bajo el tejido húmedo de su camisa.

Se acercó más. Los tambores llenaban el aire, latían como un corazón gigantesco. Posó una mano sobre el hombro de Annah, y ella reconoció el gesto de manera lejana, el roce de la proximidad que habían intercambiado ya con libertad. Que habían intercambiado los tres: Michael, Sarah y Annah. No era nada inusual. No significaba nada.

Y, sin embargo, los tambores lo dotaban de una vida propia, parían una rudeza desconocida, un deseo, el ruego de algo más.

Más...

La mano de Michael se tensó sobre el hombro de Annah. Y lentamente descendió, más y más...

Los tambores cesaron y dejaron el aire vacío de vida.

Annah tenía los ojos clavados en Michael. Él en ella, paralizado.

Un segundo después, los tambores regresaron y se lanzaron a un ritmo más elevado. El embrujo se había roto. Michael respiró



larga y profundamente, y se apartó. Se giró entonces y se alejó a grandes zancadas.

Annah le siguió al interior de la selva, sus pasos iluminados por una luna acerada. Caminó a trompicones con la vista fija en la espalda de Michael, los tropezones de sus pies con las raíces, sus manos que se enganchaban a las ramas, los dedos cada vez más pegajosos por la savia de la jungla.

Cuando llegaron al Land Rover, Michael le abrió la puerta a Annah para que subiese al coche. Él se quedó fuera.

Las ventanillas estaban cerradas por los insectos, y en el interior del coche olía a cerrado. Annah permaneció sentada en su sitio, entumecida. En su mente, aún escuchaba los tambores. Ahora le parecían burlones. Traviesos, aunque depravados. Apoyó la cabeza en el brazo y sintió el calor de su propia mejilla, el tacto del sudor sobre el sudor. Observaba por la ventanilla la silueta de Michael, que caminaba de un lado a otro. Una velada sensación ominosa se apoderó de lo más profundo de su ser.

Finalmente, Michael se subió al asiento trasero del Land Rover. No dijo una palabra. Annah notaba la tensión en su cuerpo. Lo sentía despierto.

Deseaba inclinarse hacia él y decirle que estaba bien. No había pasado nada. No habían hecho nada malo.

Pero tampoco podía estar segura de que así fuese.

Título: **La reina de la lluvia**

Autor: **Katherine Scholes**

Colección: **TH Novela**

21.90 euros / 672 páginas

Fecha venta: **28 de mayo 2013**

Más información y contenidos:

*<http://www.planetadelibros.com/la-reina-de-la-lluvia-libro-93203.html>*

